

FIESTAS RELIGIOSAS DE LA INFANCIA.



La fiesta de Navidad en Alsacia. Composicion de F. Lix. Leyenda de la divisa: *Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra.*

SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 34

LA NAVIDAD.

«Gloria á Dios en las alturas de los cielos y paz á la tierra y á los hombres de buena voluntad!» Tal es el grito de júbilo de este inefable día. Los ángeles lo cantan en el cielo, la humanidad lo repite en la tierra, y de eco en eco atraviesa las selvas, los montes y los mares para resonar hasta en las estremidades del mundo. Despierta á toda la naturaleza que salta de alegría al oírlo resonar. Baja del coro de los ángeles y vibra de alma en alma, como una nota de la armonía divina de la patria celestial.

He estado buscando por los valles de Judea y por las inmediaciones de Belén, y en sus cortadas rocas, y he visto á la manera de un establo, un pesebre, un niño recién nacido y la aparición de una virgen celestial: el cielo mismo estaba en aquella roca; Dios habitaba aquel establo y se hallaba acostado en aquel pesebre. ¡Oh Belén, ciudad real de David, casa del Pan de vida, lugar del nacimiento del Mesías, del Redentor Jesucristo! ¡Belén! ¡qué nombre y que recuerdo! ¡qué perfume sale de esas ruinas! ¡qué revelación surge de esa gruta! Nada ha podido sofocar la voz que sale de esos muros, la poesía que rebosa de ese suelo tres veces bendito; nada, ni los cataclismos de los pueblos, ni las revoluciones de la naturaleza y de los imperios, ni las tiranías, ni las hecatombes de víctimas. Todo pasa, y subiendo por el camino de la vida, se va á la nada de donde ha salido: ¡Belén, tú no pasarás! Quiera ó no, la humanidad tiene siempre la vista en tí como sobre la estrella polar, que en medio de las tinieblas guía su marcha hacia sus verdaderos destinos. Tu pesebre es la cuna de la nueva humanidad.

¡La Navidad! esta palabra produce en el corazón del hombre inefables conmociones é indecibles éxtasis. Como la milicia celestial de los ángeles, la naturaleza entera participa de esta festividad universal de todos los seres.

Mas ¿qué hora es? Media noche; la hora de los sustos, de los espectros y de las fantasmas; la hora del crimen y de la muerte, hora que termina todos nuestros días y que hace pasar á nuestras venas una horrible payura. Pues bien, ¿quién había de creerlo? La Navidad la ha hecho la hora de la alegría, de la esperanza y del amor. Las doce de la noche de Navidad es la hora de la gracia, la hora de la luz espiritual y de la vida, la hora de los ángeles y de Dios, de la oración y del éxtasis. ¿Por qué? porque si la media noche que el movimiento de los astros mide, marca el fin de los fugitivos días del hombre, la media noche de Navidad es la plateada aurora de los días de la eternidad. Es el comienzo del día divino.

¡La Navidad! «Hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, y lo conoceréis por esta señal: hallareis á un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre (1).» Este niño pertenece á todos, es el Adam de la nueva humanidad. En el hogar doméstico, la alegría que trae á la familia el niño que acaba de nacer, no tiene igual con ninguna otra. Ahora bien; este es el niño del género humano, nacido en el hogar de la paternidad divina.

Mirad la cuna del pobre; los pobres únicamente la rodean. Junto á la cuna de los reyes y de los grandes, no hay

sino grandes y poderosos de la tierra. El pesebre del Hijo de María, que es también el Hijo de Dios, no se asemeja ni al uno ni al otro. Pobres y ricos, reyes y pastores humillan ante él su frente en el polvo. El cielo se abre sobre aquella cuna, colocada en un establo; los serafines la rodean, los pastores y los magos le llevan sus adoraciones, sus presentes y sus súplicas; la naturaleza divina y humana se une indisolublemente en un santo ósculo. Es el punto de reunión de la humanidad que pide su regeneración, y de Dios que la ejecuta.

¡La Navidad! Muchas naciones se unen diciéndose por bienvenida: «Jesús nos ha nacido.» Comienza el año divino y todos manifiestan su júbilo con ofrendas y con presentes. Las costumbres de los pueblos han conservado su piadosa marca después de dos mil años. La Navidad es la fiesta de los niños, de los que el divino Niño es el modelo; de los ancianos que encuentran en el regocijo de ella la juventud de su corazón; es la fiesta de los pastores y de los reyes, de los grandes y de los pequeños, de los ángeles y de los hombres; es la fiesta de toda la naturaleza glorificada y transfigurada; es la fiesta de todos. ¡La Navidad!

¿Y por qué no sería también la fiesta del lejano recuerdo de mis jóvenes años, muy rápidamente trocados en días menos tranquilos y pasados con tantas amarguras? ¡Ah! con ternura me acuerdo de los dulces júbilos que esta fiesta traía á los sencillos moradores del campo, herederos de los pastores del valle de Belén. Todavía estoy viendo sus largas filas bajando por los senderos del monte, iluminado con surcos de luz por las antorchas que en sus manos llevaban. Todavía oigo los ecos que repetían los cánticos que entonaban al son de las zampoñas. ¡Cómo celebraban este santo día y á Dios con lo íntimo de la sencillez de sus almas! Cuando llegaban á la ciudad, se reunían é iban en procesión á la iglesia, para ofrecer al Niño Jesús en las gradas del altar, un hermoso cordero coronado de flores. ¡Patético símbolo, alegre recuerdo! que volviéndome á los felices días de mi infancia, me enseña en el ocaso de la vida á ser otra vez niño, según lo que está escrito: «Si no mudáis y no os hacéis como unos niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

Fiesta de sencillez evangélica, de inocencia y de candor del alma, ¿cómo hablaré de tí á los niños? Refirámosles sencillamente lo que tiene lugar en la Alsacia, y que figura la imagen que ahora se presenta á sus ojos.

Una de las mas importantes fiestas de la Alsacia es la de Navidad. Es la fiesta de la familia, así como lo es la de la infancia evangélica y de la gran familia del género humano. En esta augusta solemnidad, jóvenes ó viejos, padres ó hijos, todos se regocijan juntos. Ocho días antes se abre un vasto campo de feria donde se ven en especial juguetes de niños, mostachones y abetos. Todos los padres llevan allí á sus niños. ¡Qué estrepitosos gritos! ¡qué entusiasmos de júbilo! Pero el momento mas solemne es el en que la madre, después de haber retirado á los niños, prepara el abeto tradicional. ¡Qué ingenioso arte despliegan para adornar el arbusto, cuyas ramas están cubiertas con mil bombones y con mil luces! Arriba está suspensa la forma de un ángel que tiene en las manos una banderola, en la cual están escritas las palabras de los ángeles. «Gloria á Dios en las alturas de los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Una araña con muchas bugías está colgada sobre el

(1) San Lucas, cap. II, v. 11 y 12.

abeto adornado de aquel modo. Sobre los muebles se hallan colocados con ostentacion los juguetes que los abuelos ó padrinos ofrecen á los niños, quienes están aguardando con gran impaciencia al Niño Jesus, el que á media noche debe traerles los juguetes deseados todo el año. De pronto se da la señal, suenan las campanillas y los niños acuden corriendo al salon que contiene su felicidad. El Niño Jesus aparece en la forma de un jovencito. Los niños se arrodillan y le dirigen preces agradeciéndole por haberles dado tan bonitos juguetes; pero el reverso de la medalla es el *Hanstrapp* (1) especie de Bú, que de una sola ojeada descubre los niños que no son buenos y obedientes y no escasea las reprensiones, en las que el azote y las cadenas desempeñan el papel de la espada de Damócles. Al fin desaparece con el Niño Jesus, quien lleva en la cabeza una corona de oro. Entonces los niños se divierten, hasta que cansados de fatiga y de contento se duermen halagados por mil alegres ensueños; mientras que los padres contemplan aquellas felicidades infantiles, tomando una buena colacion preparada para aquel día. No podemos formarnos idea de estas escenas de felicidad doméstica sino asistiendo á ellas. En otras localidades de la Alsacia, y principalmente en las montañas de los Vosges, los niños aguardan á Jesus poniendo en la chimenea sus chanclos que al despertar encuentran llenos de presentes.

En la parte baja del grabado se ve el contraste de esta dicha; en el interior de las habitaciones hay lumbre, júbilo y todo lo superfluo, y en la parte de afuera no hay sino frio, nieve y miseria, y quizá en medio de las escarchas una infeliz viuda, cuyo corazon, sin embargo, es muy afectuoso, no puede abrigar al niño casi desnudo que con amor estrecha en su pecho; acaso tambien un anciano que tiene hambre y unos infelices niños que alargan la mano para comer un pedazo de pan. Jesus padece en todos estos niños y en estos pobres. En medio de vuestra abundancia y de vuestros regocijos, ¿no pensareis en tantos padecimientos y en tantas lágrimas vertidas? Entre los presentes recibidos por año nuevo elegid la parte del Niño Jesus y ofrecédsela en la augusta persona del pobre, cuya miseria disminuiréis así, y el cual pedirá por vosotros y por todos los que amais.

PONCE DE LEON.

LEYENDA HISTORICA.

1418.

(Conclusion.)

III.

LA VENGANZA.

Ponce de Leon había anunciado su presentacion. Al día siguiente de la escena que acabamos de referir, tuvo esta

(1) *Hanstrapp*, palabra que quiere decir *Juan Frapp*, viene de la edad media. Era un caballero, ó mas bien un salteador, de la época del feudalismo, que ocasionó grandes estragos en Alsacia y en la Baviera rhenana. El terror que inspiraba ha quedado tradicional y aun en el día, para asustar á los niños se les amenaza con Juan Frapp (*Hanstrapp*).

efecto acompañado de los doce caballeros de su escolta, y de un numeroso séquito de pajes y escuderos de su casa lujosamente ataviados. Introducido á la presencia de la infanta doña María, fué recibido por ésta con sobrada altivez. Despues de haberle dado noticias de la salud del rey y de anunciarle su próximo regreso, le contó los gloriosos hechos de armas del ejército en el asedio y toma de la villa de Ayerbe, y el valor demostrado por todos los que combatian bajo las banderas de su hermano. Por toda respuesta doña María se levantó de su asiento y le dijo con un tono altivo y sarcástico:

—Caballero, las novedades que me acabais de anunciar son ya viejas en palacio, y aun en la ciudad, pues hace dos días que todo el mundo sabe vuestra llegada, y las nuevas de que érais portador. ¿En dónde habeis pasado ese tiempo?

Ponce quiso disculparse, pero la infanta le interrumpió:

—Callad, callad, no inventeis ninguna excusa, que lo sé todo.

Y volviéndole la espalda con altanería, se entró en su cámara acompañada de sus damas de servicio.

Un instante despues, vuelto Ponce de su asombro, se disponia á abandonar el regio alcázar, cuando el capitán de guardias se le interpuso y le pidió la espada.

—Caballero, tengo orden de su alteza, dada bajo su responsabilidad, de conduciros arrestado á vuestra propia casa. Tened la bondad de seguirme.

Un centenar de arqueros de la guardia de palacio, esperaban formados en el patio, donde apenas pusieron el pié el capitán y Ponce, los rodearon y emprendieron la marcha con direccion á la morada de éste. El capitán marchando al lado del prisionero le decia:

—Tengo que cumplir con vos una comision que me es en extremo aflictiva. Ya habeis comprendido sin duda la justa cólera de su alteza la infanta, la que queria elevaros hasta el rango de que fuérais su esposo, si vuestra deslealtad no hubiese despreciado tan vilmente la honra que se os dispensaba. Por precio de un favor tan distinguido, habeis usado con ella la mas negra ingratitud, habeis consumado la mas incalificable de las traiciones. Vuestro crimen está probado. La infanta, no escuchando mas que á la voz de su generosidad, os perdona la vida, aunque con la espiacion de vuestra falta. Os dejo vuestro puñal de *misericordia* (1), para que por mandato de su alteza, lo sepulteis en el pecho de la orgullosa dama que os ha robado á su amor. A este precio estais perdonado. Estamos ya en vuestra casa, podeis desde luego empezar.

El capitán condujo á Ponce á la cámara donde se hallaba su esposa, repartió algunos de sus soldados por ella para que vigilasen al preso, y se salió á la antecámara con los demás.

Enés al ver aparecer á su esposo con aquel aparato de prision, se echó en sus brazos colmándole de caricias; mas pronto su penetracion de mujer comprendió la grave situacion por que pasaba, retratada en el abatido semblante de su esposo y en sus estraviadas miradas. Preguntóle con afán la causa de su tristeza, y viendo que nada contestaba á sus afectuosas preguntas, rompió á llorar con gran desconsuelo. Vencido Ponce por las súplicas y por las lágrimas de su es-

(1) Arma que usaban los caballeros para rematar al vencido en sus combates, ó entregárselo como prueba de perdon.

posa, tuvo que contárselo todo, sin omitir ni la traición de uno de los suyos, que no sabía quien era, el furor de la infanta, y finalmente la bárbara é implacable orden que le había comunicado por el capitán de guardias que en la antecámara esperaba su cumplimiento.

—Esposo y señor, Ponce de mi vida, me regocijo de salvar la vuestra á tan poca costa: no temais derramar mi sangre, que tan poco vale, si ha de rescatar la vuestra, que no tiene precio. Os pido de rodillas que no vacileis en herir, porque la muerte viniendo de vuestras manos, me será mas dulce que la vida sin vos.

Y tomando el puñal que sacó del cinto de su esposo, se le presentó con resolución.

Quisiéramos ser un Homero ó un Taso para cantar en dulces versos el heroísmo de aquella mujer. ¿Quién podrá representarse tan tierna y conmovedora escena, descrita por nuestra pobre pluma?..... ¡Una mujer jóven y bella, arrebatadora con el doble encanto de la hermosura y las lágrimas, postrada á los pies de su esposo, y haciéndole el sacrificio de su vida!

Ponce de Leon estaba aterrado. Pálido como el marfil, solo había en su semblante como señales de vida, dos prolongadas lágrimas que corrían por sus mejillas. Los guardias mismos que presenciaban esta escena, demostraban en su conmovido aspecto, el interés que les causaba la situación de aquellos dos seres, tan dignos de mejor suerte. A pesar de su presencia en aquella casa, con sus miradas de compasión para sus dueños, parecían protestar contra la iniquidad de una orden tan en extremo atroz.

Resuelto á desafiar mil muertes por defender una vida tan querida, Ponce de Leon se arrojó en los brazos de su esposa, y mezcló sus lágrimas con las de ella, desafiando al mundo entero á que le arrancase la prenda mas querida de su corazón. El capitán entraba en aquel momento.

—Caballero, mis órdenes son formales, y la hora fatal ha sonado ya. Tengo que volver á palacio á dar cuenta á su alteza del resultado de mi comisión; con que ó cumplid al instante sus órdenes, ó preparaos á morir con vuestra cómplice.

A esta última intimación, Ponce dejó de ser el esposo abatido para recobrar su indomable valor.

—Vil instrumento de una barbarie inaudita, tú si que vas á pagar con tu vida..... Y se arrojó puñal en mano contra el capitán, que se guareció detrás de sus soldados, que presentaron sus picas á Ponce. ¡Inútil valor! Despues de una corta, pero encarnizada lucha, Ponce de Leon cayó al suelo, atravesado el pecho por los hierros de las picas. Inés al ver caer á su esposo con veinte heridas en el pecho, le creyó muerto y cayó á su lado sin sentido. Entonces una idea terrible de esas que inspira Satanás, le ocurrió al capitán. La casa de Ponce de Leon, que era un vasto palacio del tiempo de los árabes, estaba situada en la ribera del río Ebro, y la cámara donde se había representado tan trágica escena, daba sus balcones sobre el mismo río. Ayudado de sus soldados, que obedecieron la fuerte intimación de su capitán, se apoderó de Inés, y llevándola á uno de los balcones la dejó caer en el río, que afortunadamente para ella, no observó el capitán la poca profundidad y corriente que en aquel sitio tenía.

Vuelto en sí Ponce de Leon despues de ser curado por los médicos que oportunamente se avisaron, el capitán, ene-

migo secreto suyo, viendo bien cumplidas las órdenes de la infanta, quiso gozar el feroz placer de anunciar al caballero la trágica muerte que su esposa se había dado, arrojándose por el balcón al río, al verle caer herido, y creerle sin duda muerto. A tal revelación, Ponce aunque débil por sus heridas y por la mucha sangre que había derramado, se entregó á los trasportes de la mayor desesperación. Llamando á su Inés á grandes gritos, quiso precipitarse veinte veces en el río para seguir á su esposa, aunque siempre se lo impidieron el capitán y los médicos, que tenían orden de no abandonarlo. Durante algunas horas el furor y la desesperación de Ponce no tuvieron iguales; su estado febricitante daba mucho cuidado á los médicos, que no se separaban de su lecho. El fuerte y furioso delirio que se apoderó de él, era, segun la opinion de los facultativos, precursor de una agonía lenta y terrible. El capitán partió á palacio á comunicar á la infanta estas novedades, y recibir instrucciones. Al saber esta tales detalles, se arrepintió de su venganza y empezó á sentir el terror que precede á los remordimientos. Quería hacer trasportar al caballero á palacio para impedir con sus cuidados que atentase contra su vida. Ofrecia tesoros á los médicos para que salvaran aquella existencia, que para ella nunca había dejado de ser querida. Hacía promesas á los santos, rezaba, lloraba, y sentía, en fin, no el placer de la venganza, sino el aguijón del arrepentimiento. ¡Vanos deseos! ¡El desgraciado Ponce, había cesado de sufrir! La calma mas perfecta sucedió al ardor febril de las horas precedentes, que produjeron la postración de sus fuerzas, la pérdida completa de sus facultades mentales. Su mirada triste y apagada, sus ademanes indecisos, y su lenguaje incoherente, probaban hasta la evidencia el completo naufragio de su razón. Los médicos, aseguraron desde aquel día su existencia, pues las heridas aunque muchas, la mayor parte eran leves, y tenía además Ponce una naturaleza tal, que ella misma se puede decir que fué el verdadero bálsamo que las cicatrizó. Convencida doña María del funesto resultado de su venganza, aunque un tanto consolada por haber salvado la vida á Ponce, mandó ponerle en libertad. ¡Era ya tarde! En su demencia la pérdida de su esposa era su idea fija, la buscaba por todas partes, en todas partes la veía y creía percibir su llanto, forjaba planes descabellados para salvarla, porque la creía amenazada de un grave peligro, pronunciaba palabras sin consecuencia, recordaba á veces el nombre de la infanta, pero era para maldecir su dureza, su crueldad, y su injusticia. Doña María, á mas de la pena que sentía por el estado de su amado Ponce, no dejaba de encontrarse inquieta por las consecuencias de su terrible venganza. El regreso del rey no podía retardarse mucho. ¿Quién le informaría de esta desgracia, ni á que atribuirlo? Al fin un día un mensajero vino á participar, que el ejército haría al día siguiente su entrada en la capital, llevando al rey á su cabeza.

IV.

EL REY

Alonso regresó en efecto el día que había anunciado. La vanguardia de su ejército, estaba ya á la vista de Zaragoza. Las torres y murallas de su buena ciudad, se destacaban en el ancho horizonte que ante su vista tenía. Los elevados

campanarios de las iglesias y monasterios, se perfilaban en el purísimo azul del cielo; no tenía mas que andar una corta jornada para pisar las calles de la capital. Mas antes de hacer su entrada solemne, quiso dar á su ejército un día de descanso y ordenó un alto general en la última jornada. Hacia ya cerca de tres meses que tanto el rey como el último soldado, no se habían quitado el arnés de guerra para nada, y comprendía aquel el deseo general por el que él experimentaba.

A una media legua de Zaragoza, y siguiendo el curso del Ebro en la ribera del mismo, poseía el rey una hermosa casa de recreo llamada Vista-Alegre, deliciosa mansión á la que se retiraba á descansar de sus cuidados, para entregarse á la pacífica vida de un ciudadano acomodado; y á veces para gozar del amor de alguna dama de la corte, ó á falta de estas para galantear á las hermosas villanas ribereñas. La situación de esta quinta, era de las mas pintorescas que había en muchas leguas al contorno. El hermoso jardín que la servía de entrada, estaba provisto de las flores mas raras y aromáticas que se cultivaban en aquellos tiempos, cuidadas algunas de ellas con particular esmero por el mismo rey, como pudiera hacerlo un jardinero de profesion. Un bosque frondoso y bastante estenso; en el que abundaba la caza, guardaba las espaldas al edificio, que tenía á sus otros dos lados hermosos parques con cuantos adornos se podía apetecer. El césped, los saltos ó cascadas, los estanques con pintados pececillos que en ellos vivían, las grutas, los cenadores, y todo cuanto el capricho de una odalisca pudiese desear para amenizar su retiro, se encontraba allí reunido. Alonso era un rey caballeresco que amaba las aventuras. Elegante, joven, y de bella presencia, reunía á la galantería de un consumado cortesano, la ligereza de un bello doncel emancipado de una populosa ciudad, y refugiado en el campo para entregarse á todo género de placeres.

Mientras el ejército se entregaba al descanso á la vista de la ciudad, Alonso seguido de su servidumbre y de una pequeña escolta, se dirigió á su quinta. Cortos instantes estaba en Vista-Alegre, cuando al asomarse á uno de sus balcones, divisó una hermosa aldeana que paseaba pensativa por entre los bosquecillos de mirtos y jazmines. Su hermosura, que hubiera envidiado una princesa, le llamó la atención, así como la pequeñez de sus pies, calzados de otra manera que las de su clase, y la blancura de sus manos que anunciaban á primera vista, no ocuparse en los pesados trabajos del campo. Estas singularidades no escaparon al ojo penetrante del rey, que se propuso desde luego aumentar el número de sus conquistas con aquella hermosa zagala que tan súbitamente se le había aparecido. Dió sus órdenes á uno de sus caballeros para que hiciese desocupar el jardín de la caterva de pajes y escuderos que lo habían inundado, y poder él bajar y acercarse á la bella aldeana como si fuera un simple caballero. Cumplidas sus órdenes, bajó el rey, y á los pocos pasos encontró á la aldeana ocupada en arreglar un hermoso ramo de flores. La ocupacion se prestaba para componer el rey su madrigal; así fué que principió á requebrar á su nueva Cloris, comparando sus ojos á dos soles, el carmín de sus labios al matiz de las hermosas rosas de su ramo, sus mejillas á la azucena, y la inmensidad del amor que le inspiraba su belleza, al espacio que ante su vista se extendía en lo azulado de la bóveda celeste, asegurando que sus intenciones eran tan puras como las aguas que manaban de las fuentes,

en cuyos límpidos cristales la obligó á contemplarse para que comprendiera la verdad de sus espresiones. La aldeana nada contestaba á los elogios del enamorado caballero. Una sonrisa burlona que se escapaba de sus labios, detenía de cuando en cuando el ardor de su amartelado galanteador. Alonso no perdió el valor por tan poca cosa, pero mudó de táctica. Quiso cogerla una mano, y ella la retiró; quiso estrechar su esbelto talle, y se escabulló de entre sus brazos; intentó robarla un beso, y la aldeana se escapó, perdiéndose entre el laberinto de verdura que formaban las calles del jardín. Procuró seguirla, pero como si la tierra la hubiese escondido, perdió su pista por completo. Avivado su deseo con esta contrariedad, formó el propósito de asediarla hasta obligarla á rendirse, sin tenerla consideracion alguna; lo que esperaba conseguir, gracias á la práctica que tenía en tales negocios.

El rey pasó aquella noche en Vista-Alegre. Desde allí había mandado á buscar á Ponce de Leon, para comunicar con él asuntos de gobierno, y de los que solo este tenía conocimiento. Entonces fué forzoso decirle el estado de perturbacion mental en que se encontraba su ministro, atribuido por los médicos á una violenta caída del caballo que había dado yendo á Zaragoza, enviado por él. Esto contristó mucho al rey, que amaba á Ponce no tan solo como á su principal consejero, sino como á su mejor amigo. Dispuso inmediatamente su entrada en la capital, la que se verificó con grande pompa, obteniendo una completa ovacion con el recibimiento que le hizo su fiel ciudad de Zaragoza. Despues de los primeros momentos dedicados á recibir las felicitaciones de la corte por su victoria, se hallaba el rey agradablemente entretenido con su hermana doña María, cuando se oyeron en la antesala fuertes gritos, como de una porcion de personas que se disputasen. Era Ponce de Leon que pretendía ver al rey contra la oposicion de los arqueros, á los que su capitan, que ya conocemos por su villana hazaña, había dado orden de que le impidiesen la entrada. Introducido á la presencia de Alonso por orden que dió éste, Ponce se presentó con los vestidos en el mayor desorden, sin espada y llevando impresas en su semblante las huellas de la alteracion que se notaba en su persona. El capitan se dió prisa en advertir al rey para que no le pillase de sorpresa, del tema de la locura de su ministro. Ponce se echó á los piés de su señor pidiéndole justicia y contándole con el incomprensible lenguaje de un enagenado, la crueldad de la infanta doña María, su venganza, que había destruido su felicidad, obligando á su esposa adorada á que se quitase la vida. Engañado el rey por la incomprensible relacion de su favorito, cuyos amores y matrimonio ignoraba, creyó verdaderos sueños de su locura lo que le había contado. Procuró calmarle ofreciéndole hacer justicia, y le prodigó en fin, todas las muestras de estimacion que en su deplorable estado le creía capaz de comprender. Doña María sufría tan grande emocion, que su misma palidez y enmudecimiento fué atribuido por su hermano, á la compasion que le inspiraba el desgraciado ministro. Mas no era eso. Tenía á su presencia las consecuencias de su impremeditada venganza; veía un presente triste y afrentoso cuando la verdad se trasluciese, que no podía tardar, sentía un pasado de recuerdos que la martirizaban el corazon, y columbraba un porvenir, cuyas vicisitudes no podía prever. Tenía á su presencia al hermoso Ponce de Leon, que era todavía su mas querido objeto, á pesar de

haber abatido su orgullo, y su situacion le desgarraba el alma. Doña María maldecía su alta posicion, única causa de su infelicidad, de sus lágrimas y de su crimen, que la inexorable conciencia le presentaba ante sus ojos, con el verdadero horror que inspiraría á cualquiera alma generosa.

Profundamente afligido Alonso por el estado de su favorito, ordenó fuese conducido á su casa de recreo, al cuidado de sus médicos de cámara, por ver si podían curar su locura. Uno de los caballeros del servicio de la cámara del rey, fué encargado por éste de acompañarle, para cuidar se cumplieren en todo las órdenes de los médicos, y procurar al pobre loco, cuanto pudiese apetecer para su recreo y distraccion, á fin de probar si por estos medios se conseguía su completa curacion.

Aquel mismo día engañado Ponce con la halagüeña promesa de que iban á buscar á su esposa, que era su idea dominante, fué conducido á Vista-Alegre.

V.

AMARGURA Y FELICIDAD.

La locura de Ponce de Leon, era completamente tranquila é inofensiva, por lo que una vez en la agradable mansion de Vista-Alegre, se le dejó en entera libertad.

Un día que vagaba como un alma en pena á través de los bosques del jardín, parándose como estasiado cuando encontraba alguna fuente ó cascada, como queriendo interrogar á las murmurantes aguas del pensamiento, de la duda, que continuamente le preocupaba, que alterando su razon le habia sumido en una especie de letargo, muy parecido á la locura, calificada de tal por los médicos, que ignorando la verdadera causa lo atribuían al resultado de distintas causas; de improviso se le apareció una mujer jóven y bella como su infortunada esposa, de la que era verdadera imagen, aunque vestía traje de villana. Era la hermosa y desconocida aldeana que tanto llamó la atencion al rey dias antes.

A esta súbita aparicion, Ponce, cuyas ideas eran siempre las mismas, creyendo sin duda un favor del cielo, y no dudando fuese el alma de su esposa, que apiadada de su dolor, venia á prodigarle el bálsamo del consuelo, eayó de rodillas á sus pies, exclamando con conmovido acento:

—¡Oh, tú, belleza sobrenatural, que habitas en las celestes alturas, y á la que mi corazon adora; sombra querida que mis ojos buscan sin cesar: ¿vienes á calmar mi dolor, ó á dar mas pábulo á mi perturbada razon? ¿Eres verdaderamente mi alma, que me devuelve la vida que te llevaste, ó eres un habitante del sepulcro, cuyo espíritu viene á calmar mi afliccion?..... ¡Oh, habla, habla, yo te lo ruego, en nombre de Dios, yo te lo pido en el de mi amor, que será tuyo mientras respire!.....

Y Ponce cuya razon iba recobrando su imperio, al ver logrado su deseo, quedó fijamente mirando la linda aparecida, esperando de sus labios la solucion de aquel misterio que le habia de rodear de felicidad, ó despeñarle en mayor y mas acerba locura.

Inés de Montegudo, pues ella misma era, debió su salvacion al amor del fiel escudero Guillen, que arrostró su vida por ella. Al ver Guillen invadida la casa, y conducido su señor por los arqueros de palacio con su feroz jefe al frente, atento al resultado de lo que ocurría, fácilmente comprendió

lo que pasaba, y con su penetracion parece adivinó el infame crimen que el feroz capitán intentaba. Mientras la servidumbre, avisada por él, acudia á socorrer á Ponce, que habia caído atravesado el pecho por las alabardas de los arqueros, y le colocaban en el lecho, rápido como el pensamiento, corrió á interponerse entre Inés y el capitán, de la que ya se habia apoderado éste, y ayudado por sus soldados, se dirigió al balcon con el fin que ya conocemos. Pero de repente le asalta una nueva idea, envainó la daga que ya habia empuñado, y silencioso como un fantasma se deslizó por los corredores. Dos minutos despues, desamarraba uno de los botes que habia siempre dispuestos en un pequeño embarcadero, que tenia el muro de la casa, para servirse de ellos cuando querian dar algun paseo por el rio. En el fondo del esquife, se veía un bulto tapado con un capoton de marinero. Era Inés, que cogida á flor de agua por Guillen, cuando la tiraron al rio, cuya poca profundidad en aquel punto le era conocida, permanecía aun sin conocimiento. La góndola se alejó rápidamente al doble impulso de los remos, manejados con vigor por el escudero, y de la corriente cuyo curso seguía. Si el capitán hubiese reparado en estas circunstancias, indudablemente que Guillen no habria salvado á su señora, y solo hubiera sacrificado su vida inútilmente; pero el fiero soldado, henchido de satisfaccion, por haber sido el bárbaro instrumento de la venganza de tan alta y poderosa señora, solo pensó en ir á darle cuenta de haber cumplido sus deseos. Guillen atracó en un paraje bastante desierto, y cargando con su señora, que aun no habia recobrado el conocimiento, se dirigió á una pequeña casa de campo que Ponce poseía á corta distancia de la ciudad muy cercana á la residencia real de Vista-Alegre. Allí informado el granjero de lo ocurrido, se prodigaron los auxilios que convenian al estado de Inés, á la que tuvieron la alegría de ver recobrar su salud á los pocos dias, aunque cayendo en el mayor dolor, al saber la situacion en que se hallaba su esposo. Guillen, que habia vuelto al lado de su señor, convino con Inés que permanecería oculta y disfrazada de aldeana en la casa de campo, hasta que regresando el rey, se le pudiese informar de lo que habia pasado, y pedirle justicia para ella y para su esposo. Con el traje de aldeana la hemos visto encontrarse con el rey en los jardines de Vista-Alegre, con la intencion de echarse á sus plantas y contárselo todo, pero como el galante Alonso, la requirió de amores con tanta insistencia, no se atrevió á pedir nada al rey para que éste no le impusiese precio á su concesion, y huyó llena de pena á refugiarse de nuevo en su asilo. Cuando Inés supo el estado de Ponce, y que iba á Vista-Alegre con los médicos del rey, se propuso presentarse á su enamorado esposo, para ver si con su presencia conseguía mas que los esculapios con su ciencia. En vano le esperó algunos dias entre los bosquecillos del jardín: Ponce no fué por allí hasta aquel día, que al ver la prontitud con que la habia conocido, á pesar de su disfraz, alentó la esperanza de curarle de su locura, cuya única causa era el dolor que le habia causado su supuesta muerte. Inés leyendo en la animada mirada de su esposo, la ansiedad en que estaba, y convencida que de la satisfactoria explicacion que ella le diera, dependía todo, le contesta empleando una de sus bellas sonrisas:

—Ponce mio, mi esposo adorado, vuelve en tí, despierta de ese letárgico estado en que te ha tenido sumido la supuesta muerte de tu esposa. Dios no ha querido privarte de

mi amor, así, como á mí no ha querido arrebatarme tu querida existencia. Amor mío, recobra tu perdida alegría, porque de hoy mas, no habrá poder en el mundo que logre separarnos..... Mira á tu Inés, soy tu esposa querida, la que tú amas con tanto delirio; mírame, tócame, vivo, vivo lo mismo que tú, vivo solo para amarte y para que pueda mi amor hacer otra vez tu felicidad..... ¡Ponce, Ponce mío, reconóceme, abrázame, y pueda yo en tus brazos verter las lágrimas que la felicidad me hace derramar en este momento!.....

Imposible nos sería describir el repentino cambio que se operó en la alucinada imaginación de Ponce de Leon. Pálido y estático, estuvo contemplando á Inés primero. Sus ojos inmóviles en sus órbitas, estaban fijos en ella, y como si despertase de un penoso ensueño y abriese sus ojos á la luz, se pasó sus convulsas manos por ellos, y con anhelosa y fatigada respiración, se arrojó en los brazos de la que el había creído una sombra, rompiendo á llorar copiosamente. Aquel llanto benéfico, disipó las densas nieblas de su entendimiento. Despojada su razón del oscuro velo que la circundaba, fué recobrando la calma al lado de Inés. Supo por ésta lo que había ocurrido, y ambos determinaron continuar en el mismo estado, y no hacer partícipe á nadie de su felicidad hasta poder enterar al rey de todo. Inés alegre y feliz, se separó de su esposo, quedando en volver á verle al mismo sitio á la tarde siguiente.

A partir de aquel día, Ponce de Leon se mostró mas resignado, y su calma de buen augurio, fué observada por los médicos, y participado por éstos al rey. Al saber Alonso tan agradable nueva, determinó ver á su favorito, y partió en seguida para Vista-Alegre.

El rey vió á su ministro, y le encontró mucho mas mejorado: preguntóle la causa de su trastorno, y Ponce le suplicó que le perdonase el que por el momento no satisficiera su curiosidad. Aquella misma tarde paseándose Alonso con Ponce por el jardín, se presentó de nuevo la linda aldeana, que se echó en seguida á los piés del rey, imitándola Ponce. Ambos le suplicaron su perdón, y le contaron detalladamente cuanto había ocurrido por la venganza de su hermana, concluyendo por pedirle su protección.

Vivamente conmovido Alonso por las pruebas de tan acendrado amor, ofreció todo su apoyo á los jóvenes esposos, exigiéndoles únicamente el mayor secreto, hasta que estuviese celebrado el matrimonio de su hermana, con el rey de Castilla, que no podía ya diferirse mas.

Ponce volvió á la corte á ocupar de nuevo su posición y desempeñar su cargo al lado del rey, recompensando la fidelidad y el amor de su escudero Guillen, que tan digno era de recompensa, el que armado caballero por su señor, provocó á un combate al desalmado capitán, y tuvo el placer de purgar á la tierra de semejante monstruo.

Dona María de Aragon, tuvo que acceder á su union con el rey don Juan II de Castilla, que se celebró en Medina del Campo el 21 de octubre de 1418. Ponce de Leon, encargado por Alonso V de acompañar á la infanta, hasta dejarla en poder de su esposo, asistió á la ceremonia de su matrimonio como representante del rey de Aragon. Terminado esto, cuando los ojos de doña María, ya reina de Castilla, se fijaron en los del hombre que tanto había amado, dos lágrimas brillantes se desprendieron de ellos, y corrieron por sus nacaradas mejillas. Nadie las atribuyó á su verdadera

causa: Juan II ébrio de placer, las creyó hijas de la emoción que le causara á su hermosa prima, el verse sentada con él en el trono de Castilla. Solo Ponce de Leon podía comprender la amargura de aquel llanto; pero su corazón estaba completamente lleno por el amor de Inés, y no lo apreciaba en lo que debía.

Vuelto otra vez á Zaragoza, pudo ratificar su casamiento con Inés delante de toda la corte, y recibir del rey la carta de sucesión como conde de Monteagudo, que le correspondía por su esposa. Desde entonces se le pierde de vista en las crónicas y anales de aquel reino, pero de los apuntes que hemos sacado de viejos manuscritos, que nos han servido para escribir esta desaliñada leyenda, se desprende, que los condes de Monteagudo vivieron felices, amándose siempre y legando á sus descendientes, á mas de su antigua y esclarecida nobleza, y de la fidelidad que habían guardado á sus soberanos, un ejemplo de constancia y de amor, que ha hecho de estos dos enamorados esposos, unos segundos amantes de Teruel.

SALVADOR MARIA DE FABREGUES.

LA SEÑORITA DE LAUNAY, O LA JOVEN POBRE.

(Conclusion).

III.

Nicolás de Malezieu, especie de gran señor, era en la Academia francesa, uno de los individuos considerados, y en el palacio de los duques de Maine, algo menos que un amigo y mucho mas que un subalterno. Era aquí el hombre indispensable. Comunicaba el ejemplo y la vida á aquella brillante corte, donde todos los descontentos hallaban acogida fácil, con tal que fuesen personas de mérito y de instrucción. Los hombres se aconsejaban con Mr. de Malezieu, cuando se trataba de alguna excelente obra de ingenio; era consultado respecto á los edificios, los jardines, el teatro, y adorno de los salones. Su buen gusto, tenía autoridad hasta en los atavíos y compostura de la duquesa de Maine. Generalmente se decía: *el maestro lo ha dicho*, al punto que Mr. de Malezieu, daba su fallo en una discusión. Era el canal de todas las gracias, el consejero íntimo, y la voz sin apelación. Y como afortunadamente era persona recta y benévola, afable con muchos, y accesible á todos, cada cual hallaba que semejante yugo era ligero, y lo aceptaba porque era justo. Anádase que por sí mismo era rico, y que para nada necesitaba los beneficios y gracias de los duques de Maine; pero Dios sabe si estos eran gustosos con semejante independencia que nada les costaba. En mantener su orgullo, habían gastado los duques mucha mayor cantidad de dinero, de la que correspondía aun á príncipes de la sangre real, principalmente despues que el rey había fallecido; mas al fin, tuvieron que penetrarse de que el tesoro de Francia, agotado á causa de las prodigalidades del último reinado, no estaba abierto en lo sucesivo, para los que La Bruyere llamaba *los hijos de los dioses*. Mr. de Malezieu, vivía en medio del parque de Sceaux, en una linda casa que había arreglado á su gusto, y aquí fué donde recibió á la señorita de Lau-

nay por entre una grandísima muchedumbre que ocupaba sus antecámaras. Al principio prestó muy corta atención á la desconocida, y el nombre de la duquesa de Noailles, no fué desde luego una recomendacion omnipotente; pues esos Noailles, los reyes de la corte de Luis XIV, habian perdido estrañamente su crédito, desde que Mad. de Maintenon se hubo retirado á Saint-Cyr; pero pasado este mal impulso, que Mr. de Malezieu sintió en lo íntimo de su alma, y hallándose apoyada su buena voluntad, con los méritos y hermosos ojos de la señorita de Launay, le dice:

—Sea vd. bien venida, luego la presentaré á la señora duquesa de Maine, y confío algo en que por consideracion mia, le será á vd. propicia. S. A. gusta rodearse de personas entendidas y jóvenes, y el aire de vd. le agradará desde luego. Sin embargo, sea vd. fuerte y animosa, porque no se trata, señorita, sino de una posicion humilde, y á pesar de todos sus méritos, me temo mucho que nunca

pasará vd. de la antecámara de la princesa. Pero vamos al hecho, añadió, pues con estos príncipes, nunca se sabe si se logrará gran fortuna en veinte y cuatro horas. Inténtelo vd. y cuente conmigo.

Efectivamente, Mr. de Malezieu, autorizado por la duquesa de Maine, tuvo el honor aquella misma noche de presentarle la tímida y trémula señorita de Launay, quien á la verdad tenia gran necesidad de valor; pero su timidez se acrecentó al ver que su protector se doblaba hasta el suelo en presencia de aquella casi reina. Apenas se dignó la princesa dirigir la vista hácia aquella humilde servidora, y entró en sus habitaciones sin espiarle á la jóven el cargo que le correspondia. Mr. de Malezieu, por su parte, comprendió muy bien que presentaba á la duquesa una servidora. He aquí, á esta, confundida en aquel gran edificio, sin un amigo que la apoye ó le dé un buen consejo. En el palacio de Sceaux habia tres mesas; la de los amos, la de los empleados



Los duques de Maine, segun un grabado de la Biblioteca Nacional de Paris.—Dibujo de F. Lix.

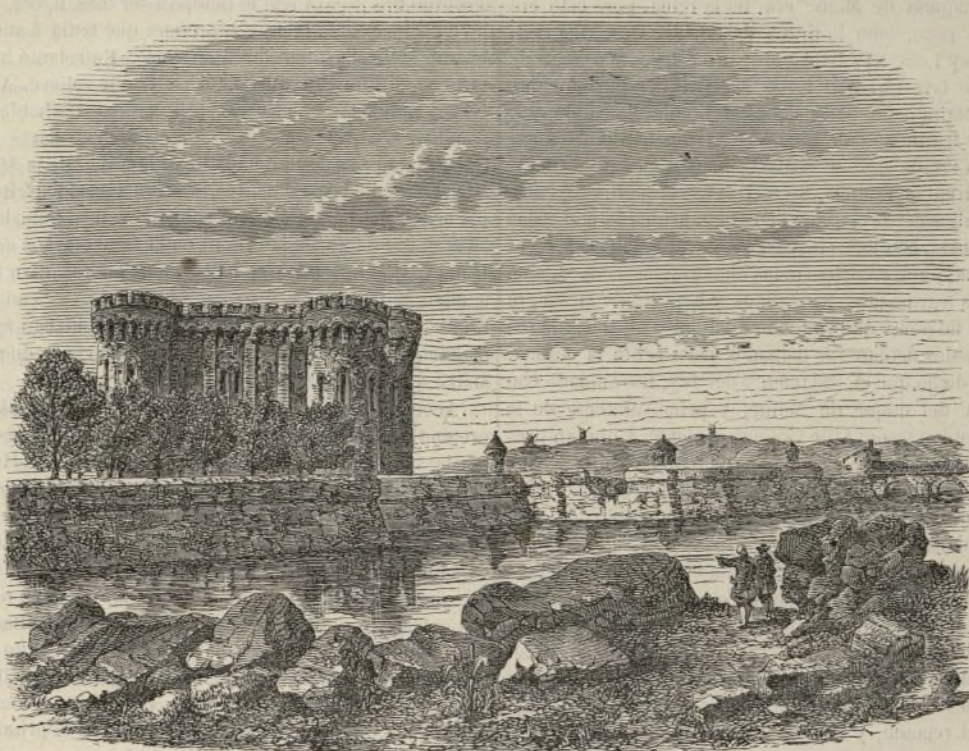
y la de los sirvientes. En esta última mesa se sentó la jóven, reprimiéndose para no dejar traslucir la tristeza de su corazón. Una mujer de la guardaropía, tuvo compasion de ella y la animó. Habiéndose informado en seguida, volvió en gran triunfo á anunciar á su nueva compañera, que se hallaba destinada á la persona de la duquesa de Maine, en calidad de tercer doncella de cámara, y que se acostaría en el entresuelo con las doncellas de la princesa. Segun esta anciana de la guardaropía, semejante nueva, era una fortuna inesperada para la recién venida, y á fin de comenzar, habia mandado la duquesa de Maine, que la señorita de Launay le presentase el abanico.

Aquella noche habia gran recibimiento; cien concurrentes de los mas encopetados de la antigua corte: duques, pares y caballeros cruzados, de la órden de Sancti-Espritu, entre los cuales habia algunos de la de San Luis, rodeaban las mesas del juego, siendo el duque de Maine un gran ju-

gador que perdia el oro á manos llenas. El juego causaba en aquella época grandes estragos, en las mejores fortunas; los mas grandes señores jugaban á una carta su renta de un año, las señoras mas distinguidas, cuando su bolsa estaba vacía, no tenian vergüenza de jugar bajo su palabra. El juego tiene tambien de horrible el igualar todas las condiciones. En la mesa donde aquellos grandes señores se entregaban á su frenesí, habia un anciano con un vestido celeste bordado de oro, cuyos botones brillaban como diamantes; sus encajes, su casaca de saten, las medias de seda, y los talones encarnados, indicaban un antiguo marqués de Versailles; mas su descarada actitud y sus grandes gestos, su imperiosa voz y mas alta que de costumbre, denotaban un cómico. Era Baron, el discípulo ingrato, el hijo adoptivo de Moliere. Este Baron, era un cómico de genio; en las horas perdidas, escribia comedias y se ejercitaba con gusto en tirar la espada y en las obras de ingenio. En re-

súmen, jactancioso, jugador, franco, y tomando por lo sério su cetro y su trono. Una noche que jugaba con S. A. R. el príncipe de Contí, dijo:—Cien luises por el príncipe de Contí.—Sea por Germánico, contestó S. A. R.; y Baron fué el único que no comprendió la gracia y delicadeza de esta inútil lección. Por medio de la comedia, se había introducido en las festividades del palacio de Sceaux, y varias veces tuvo el honor de hablar con la duquesa de Maine. En un lado de aquel salon, había sentadas en sillones, dignos del salon de la reina en Versalles, unas veinte señoras muy ataviadas, y á sus lados colocados sobre taburetes, estaban varios poetas y jóvenes caballeros que hablaban con las señoras. En medio del círculo y sobre un sitio, estaba sentada la duquesa de Maine, y en pie junto á ella, un oficial que le

contaba cosas alegres, si ha de juzgarse por las risotadas de la princesa. En aquel instante fué cuando la señorita de Launay, enteramente confusa y turbada con el delicado murmullo que había debajo de aquellos artesonados cubiertos de oro y cargados con pinturas, entró con paso trémulo, llevando en la mano una bandeja de laca en la que estaba puesto el abanico de S. A. Y como en aquel instante la princesa se hallaba atenta al discurso del jóven oficial, la señorita de Launay, estuvo esperando que su ama quisiese mirarla á ella; mas ¡oh sorpresa y humillacion! Justamente, el jóven que allí estaba, el familiar de la casa de los príncipes, era Mr. de Silly. En todo tiempo había encontrado un protector en el duque de Maine; era oficial de sus guardias, y la princesa gustaba de oírle hablar. Al ver á aquella jóven, un momento



La Bastilla en 1778, segun un grabado de la Biblioteca Nacional de Paris.—Dibujo de F. Lix.

antes la amiga íntima de su hermana, á aquella señorita que había vivido en su casa como igual con igual, y reducida actualmente á tan vergonzosa servidumbre, se puso pálido, mientras que el rubor de la vergüenza subía hasta la frente de aquella elegante Elisa. La princesa no vió nada de este pequeño drama, y con escelente ademan dijo al jóven:

—Tenga vd. la bondad de darme mi abanico.

Mr. de Silly, cogió la bandeja de la mano de su jóven amiga, á quien aparentaba no conocer, y la presentó á la duquesa.

—No, dijo esta, de este modo no; vd. tiene el privilegio y el derecho de tomar el abanico de la bandeja, y ofrecérmelo de mano á mano.

Despues de lo cual la señorita de Launay, se retiró á pasos lentos. Su sacrificio estaba ya consumado.

SEGUNDA SERIE.—1864.

Aquel hermoso y magnifico palacio de Sceaux, no se conoce ya por sus ruinas. Una revolucion, que hizo caer las mas elevadas cabezas, y destruyó los mas suntuosos edificios, ha pasado sin compasion y sin respeto por encima de aquel fastuoso monton de todos los esplendores. Palacio destruido, mármoles destrozados, árboles arrancados, bosquecillos, alamedas, prados, fuentes, kioscos, espaciosos estanques, aguas bajas y saltadores, todos esos milagros del favor y de la fortuna, han desaparecido como un vano polvo. La revolucion ha vencido hasta los plomos sepultados en la tierra; ha vencido las arboledas y convertido en lena las antiguas hayas, donde tantas gracias y hermosuras se habían sentado, conversando con los poetas y con los romanceros acerca de las nuevas comedias y de los bailes de Versalles. Cualquiera que en la actualidad se pasee por aquel espacioso terreno,

AÑO XXII. 35.

muy bien dispuesto para todos los placeres de la vida dichosa, difícilmente podrá reconocer entre aquellas malezas, la creación de Mr. de Colbert, dueño absoluto, no menos que el rey, de las rentas de Francia. En su casa de Sceaux, había acumulado cuanto pudieron inventar respecto á la gran arquitectura, el genio italiano y el francés, y cuando murió, justamente abrumado con el odio público, el mismo hijo de Colbert, el marqués de Seignelay, se encontró mal en medio de aquel lujo insensato. El rey por su parte, adicto siempre al nombre de Colbert, compró el palacio y jardines de Sceaux, que regaló á su hijo, el duque de Maine. Mas de un millón de francos le costó aquel palacio, sin contar los muebles de las habitaciones, ni las estatuas de los jardines. Todos rodeaban con sus adulaciones y miramientos á los dueños de aquellos hermosos sitios, comparables con Trianon. La duquesa de Maine era, no la reina, pues esto era demasiado poco, sino la tirana de aquella casa casi real, donde el rey Luis XIV había ido varias veces á ruegos de su ministro favorito. Ana Luisa Benedicta de Borbon, duquesa de Maine, era nieta del gran Condé, y cuando casó con el hijo legitimado de Luis XIV, y de Mad. de Montespan, había creído que se sentaría cuando menos en un escalon del trono de Francia. Su esposo era el predilecto entre todos los hijos del rey, quien lo había abrumado con todas las dignidades, con todos los cargos, y con todos los favores de la corona; y aun completó todas estas gracias, concediendo á sus hijos legitimados, los rangos y honores de la sangre real, hasta tal punto que viniendo á faltar los hijos legítimos, los legitimados debían ser llamados para ceñir la corona. Ya hemos dicho que el testamento del rey, fué anulado con gran pesar del duque de Maine, y principalmente de la princesa, quien fogosa y de violento carácter, á ningun precio aceptaba semejante pérdida, y por todos los medios aun criminales, intento volver á ganar el terreno perdido. Cuanto mas oculto estaba su furor, mas terrible debía ser el rompimiento.

En aquella ocasion había en París un embajador del rey de España, llamado el príncipe de Cellamare, persona hábil, y reservada, que tenía la ambicion de poner sobre unas mismas sienes, la corona de España y la de Francia. Atento á todo, sabia el nombre y número de los descontentos de París, y de los de la Bretaña; alistaba de oculto oficiales enemigos del regente, y cuando se hubo asegurado bien de que la duquesa de Maine, acogería con los brazos abiertos todo su plan, le propuso que entrara en una gran conspiracion, que pondría al rey de España á la cabeza del gobierno de Francia, y al duque de Maine para representar á S. M. C. Tal fué el principio de aquella conspiracion, que no interrumpió ninguna de las fiestas que se daban en el palacio de la princesa. No se hablaba sino de las diversiones de Sceaux, conciertos, charadas, comedias, bailes, y modas. En aquel tumulto habría sido muy difícil encontrar á la señorita de Launay, la que se hallaba sepultada en un entresuelo, sin luz y tan bajo, que tocaba el techo con la cabeza. Ocupábase en la costura blanca, y todos la llamaban *la torpe*, porque estaba tan turbada, que cuanto mas se empeñaba en hacerlo todo bien, peor lo llevaba á cabo. Un día que le daba agua para beber á la princesa, se echó el agua sobre su vestido; otra vez que le presentaba la caja de polvo, dejó caer la caja, ó ya olvidaba una mancha en la camisa, y si era menester sacar del joyero el collar de la princesa, tiraba per-

las y pedrerías. Todo iba mal. Tenia tambien frio, estaba triste, contestaba con desagrado á las compañeras, era aficionada á leer, y las otras la turbaban en su lectura. Era preciso agrada á una, no desagradar á otra, visitar las desocupadas, hacerles una especie de corte, y entretenerse en los juegos que les agradasen. ¿Pero qué mas diremos? era tan desgraciada en aquel palacio lleno de esplendores, que habría salido de él para no volver mas, si no hubiese hallado sobre su mesa una esquelita anónima y con letra fingida, cuyo autor hubo ella muy pronto adivinado, y en la que se leia: «Tenga vd. paciencia y bastante valor, porque la están observando. Recuerdan los felices tiempos en que vd. no se hallaba á las órdenes de nadie, y en que mandaba y no obedecía.» Por espacio de dos ó tres dias, la desconsolada jóven tuvo cierta esperanza, porque creyó que su servidumbre llegara con el tiempo á ser mas ligera, y creia que la princesa había de comprender que tenía á sus órdenes una doncella superior á su clase. Eutretanto hubo un corto acontecimiento que la puso algo en relieve. Al modo del rey Luis XIV, que para sus últimas guerras había sacado grandísimo partido de la creación de los caballeros de San Luis, la duquesa de Maine instituyó la orden de la *Mosca de miel*. Esta orden, igualmente que la del Sancti-Espíritu, tenía sus leyes, sus estatutos y sus caballeros; mas como la galantería era el fondo de la orden, tenía tambien sus *damas*, y al punto que una plaza se hallaba vacante, acudían los pretendientes de ambos sexos: tan ingeniosa es la adulacion. En fin, los derechos de cada cual, se disputaban muy formalmente en un capítulo, cuya presidenta era la duquesa de Maine y Mr. de Malezieu el secretario perpetuo.

Aconteció, pues, que hallándose vacante una plaza, fué pretendida al mismo tiempo por la duquesa de Ozés, por la condesa de Brissac, y por el presidente de Romané. Habiendo éste sido preferido á sus bellas competidoras, todos en el palacio se quejaban de la injusticia, añadiendo que la elección del presidente, era contra todas las leyes de la caballería. En lo mas fuerte de la disputa, apareció una protesta en términos palaciegos y en tono de broma, tal como no la había en la mejor escena de *Los Litigantes*, de Mr. Racine. Al punto empiezan á buscar con gran inquietud á fin de descubrir á quien había de atribuirse aquel resultado. Unos decían: es Mr. de Malezieu; otros: es el abate Genest.

Mr. de Silly, habló muy bajo al oído de la princesa, indicándole por autora á la señorita de Launay.

—¡Ah! dice la princesa, ¿es posible? ¿Tiene Elisa tanto talento?

—Sí, señora, tiene todo ese talento. Es una literata en la buena acepción de la palabra; escribe en prosa y en verso. Convengo en que es muy torpe para dar puntadas, pero arregla muy bien una comedia.

Entonces la princesa con un dedo en el labio, impuso silencio á Mr. de Silly; pero aquella misma noche, dispensaba del servicio en el tocador á la señorita de Launay, y al día siguiente, le daba un buen cuarto en el piso principal con el título de lectora suya. Todos los dependientes de la casa, criticaron aquel ascenso, mas al fin, fueron dejando de ocuparse de él, y la nueva lectora aceptó su reciente fortuna con tanta modestia y buena gracia, que se hizo dispensar.